

dad, contagiándose, especialmente en tiempo de peste, por los mismos enfermos á quienes han ido á llevar los socorros de la Religion. Seria bien poder sujetar a todas estas pruebas la decantada caridad evangélica de nuestros protestantes: entonces conocerian, sentirian cuanta diferencia hay entre los penosos ministerios del clero católico y el asistir un breve rato cada ocho días al *servicio* de los templos protestantes.

Pasemos adelante. La predicacion es desempeñada por el clero católico las mas veces sin estipendio alguno. En sola esta ciudad de Guadalajara es frecuentísima, y no será la vigésima parte de los sermones por los que los predicadores reciben estipendio. La enseñanza está desempeñada por el clero católico gratuitamente en multitud de colegios mas ó menos importantes fuera de Guadalajara, y en el Seminario de esta ciudad por sueldos sumamente cortos. Nada se pide entre nosotros por la localidad en la Iglesia; y si en otras partes, como en Estados-Unidos, se recibe algo de los católicos por este título, dejan de percibirse de ellos otra clase de derechos. Nada se recibe por la Comunión, ni por la Extrema-Uncion, ni por el Sagrado Viático, ni por la consagracion de los Oleos, etc.

En fin, el clero católico mexicano ha dado al mundo una prueba brillante de moralidad y desprendimiento. Las leyes de desamortizacion que dieron á todos facultad para adjudicarse los bienes de la Iglesia, no hicieron excepcion ni de los Obispos ni de los clérigos. Conforme á esas leyes los Obispos y los Sacerdotes pudieron como cualesquiera otros ciudadanos, adjudicarse de los bienes eclesiásticos la parte que les hubiera agradado. Estas leyes pues, dejaron abierta la puerta para que se apoderara el Clero ó de todos los bienes de la Iglesia ó á lo menos de la mayor parte de ellos. En cada diócesis pudo el Obispo haber combinado con su Clero el modo de hacer las denuncias, apareciendo en unas él mismo, en otras ya este, ya aquel Sacerdote, y de este modo habria quedado ó todo ó gran parte en las manos del mismo Clero con entera libertad para emplearlo en su propio provecho ó en los usos que quisiera: ¿Qué medio mas fácil de enriquecerse? Medítelo bien los protestantes y verán que no necesitaba nuestro clero de ningun tráfico para hacerse rico. Sin embargo, consiéntio en que todo se perdiera antes que traicionar á su conciencia.

### § VIII

#### Sueldos de los ministros protestantes y caracter de sus templos.

Como los protestantes nos hablan de desprendimiento, y muestran tanta indignacion por lo que llaman *el tráfico con los favores de Dios*, cualquiera se imaginará que ellos, ó nada reciben por sus predicaciones, ó al menos que se contentan con muy poco: demos pues una lijera ojeada sobre los sueldos que gozan los ministros protestantes y el verdadero caracter de sus templos.

«La Verdad Católica ha publicado en su primer número las siguientes noticias tomadas del Diccionario geográfico estadístico é histórico de Daniel Hoskel sobre las rentas de los arzobispos y obispos protestantes de la iglesia de Inglaterra.

Arzobispo de Cantorbery.....	lib. 19,182	95,910
Arzobispo de York.....	12,629	63,145
Obispo de Asaph.....	6,301	31,505
Obispo de Baugor.....	4,464	22,320
Obispo de Durhau.....	19,066	95,330
Obispo de Ely.....	11,105	55,525
Obispo de Lóndres.....	13,929	69,645
Obispo de Norwich.....	5,395	26,975
Obispo de Winchister.....	11,151	55,755
Obispo de Worcester.....	6,569	32,845

Despues se publicaron, en el «Amigo de la Religion,» manifestando que habian subido las rentas en la proporcion que se vé en los dos arzobispos y el obispo de Lóndres:

Arzobispo de Cantorbery.....	lib. 32,000.	160,000.
Arzobispo de York.....	14,000.	70,000.
Obispo de Lóndres.....	14,000.	70,000.

En la Virginia, antes de la convencion de 1776, que abolió los aranceles, sin pretenderlo el obispo de Lóndres, á quien tocaba hacer la organizacion de los negocios eclesiásticos; la renta de los ministros presbiterianos, episcopales, baptistas y metodistas de Virginia, era de 6,000 libras de tabaco, independientemente de los honorarios de arancel: Por un *Matrimonio* les concedia el arancel, 50 libras de tabaco ó cinco *schellings*; por una oracion fúnebre, 400 libras de tabaco ó 40 *schellings*.

La «America Ilustrada» número 32 volumen 2.º, dice lo siguiente:

«El Examiner de Lóndres» ha publicado detalles muy curiosos sobre la riqueza de los miembros de la iglesia episcopal protestante de Inglaterra. «Tres obispos han muerto en estos quince años, que han dejado á sus hijos la friolera de 3.500,000 pesos. El obispo de Clogher, que fué á Irlanda sin un real, dejó á sus herederos, despues de ejercer durante ocho años tan solo su ministerio pastoral, 2.000,000. El obispo de Haine dejó una fortuna de 600,000. En fin, un obispo de Gallas, uno de los obispados mas pobres de la Gran Bretaña, encontró medio de hacer en muy pocos años una fortuna de 500,000.»

Ejemplar es por cierto la *probreza* de esos ministros evangélicos que no vienen en busca de dinero, que no trafican con los favores divinos. ¡Que el cielo liberte al pueblo mexicano de ser víctima de su *desprendimiento*!

Veamos ahora lo que son los templos protestantes, no ya en la aristocrática Inglaterra, sino en el que se llama *país clásico de la libertad y de la igualdad*, en los Estados-Unidos del Norte. Un escritor amigo de esa nacion nos ha hecho el buen servicio de darnos interesantes noticias sobre este punto, Eduardo Laboulaye en su obra intitulada «Los Estados-Unidos de la América del Norte» cap. 12.

Cuando este autor escribia los habitantes de la nacion vecina eran treinta y cinco millones: ¿y cuántas Religiones tenian? A esto nos contesta el autor citado: que «hay entre ellos un número tan prodigioso de sectas, que la



imaginacion retrocede asustada, ante ese cúmulo de doctrinas y de creencias.... que mil congregaciones rivales se disputan las conciencias, y podrian citarse familias que cuentan en su seno tantas creencias diferentes como individuos.» ¿Puede decirse cosa mas triste? Esto es el caos, es la ruina de la inteligencia en todo lo que tiene de mas noble y elevado y de donde emana su vida en todo el resto de sus conocimientos, es la destruccion de la moral y del orden por su cimiento. ¿Y es posible que haya mexicanos que se deleiten con ese espectáculo y que ansien ver á su patria en ese mismo estado deplorable? Pero no nos distraigamos de nuestro objeto. «El espectáculo de la multitud de sectas americanas (fuerza es convenir en ello) es poco á propósito para inspirar á las almas convicciones profundas.» Esta confesion arranca al autor citado la fuerza de la verdad. Mas no solo no puede ser á propósito tal espectáculo para inspirar convicciones, sino que precisamente debe producir la duda y el desprecio de la Religion: él es la verdadera causa del materialismo dominante en los Estados-Unidos y que ha impreso el sello de su degradacion en todo lo que ahí puede llamarse con propiedad obra del protestantismo: de ese mismo espectáculo provienen el escepticismo, la indiferencia religiosa y la impiedad, y desde luego puede preverse que subdividiéndose todavia mas y mas las sectas, y reduciéndose todas á nulidades absolutamente despreciables y ridiculas, no quedarán mas que dos extremos entre que elegir á los ciudadanos norte-americanos tan admirados por algunos de nuestros compatriotas, y estos extremos serán, ó el Catolicismo ó la impiedad.

Mas se creará que todos los que ahí son protestantes tienen sus iglesias propias, sus sacerdotes que de cualquiera manera que sea se propongan cuidar de sus almas; pero ¡cosa muy notable! no es así. De los treinta y cinco millones de habitantes que contaba la nacion vecina al escribir el autor á que nos venimos refiriendo, restando todos los católicos de los cuales no hay uno solo que no tenga sus templos, sacerdotes y pastores, restando ademas cinco ó seis millones que pertenecian á las sectas mas notables, le quedaron al autor citado veinticinco millones de almas, de las cuales pregunta admirado: «¿Qué se ha hecho de los veinticinco millones que restan?» Para acomodarlos ocurre á la multitud de sectas insignificantes que no figuran en los censos de la estadística y que si se tuviera, dice, *tiempo y paciencia* para contarlas y agruparlas, formarían una suma considerable de individuos. Pero todavia ni aun con este arbitrio le es posible presentar á todos los norte-americanos, como filiados cada uno en una secta, y confiesa paladinamente que «un gran número de americanos no abrazan la fé de ninguna secta particular.» Hecha esta confesion quiere desde luego presentar como causa del fenómeno los exámenes que suelen hacerse en las sectas para admitir á los que quieren alistarse en ellas; pero luego añade otra causa que por cierto es muy poderosa: dice: «Algunas veces es oneroso el pertenecer á las congregaciones.» Las Iglesias en los Estados-Unidos, no son, como entre nosotros, mansiones hospitalarias, en las que el pobre y el rico pueden sentarse al lado uno de otro ante la presencia del Padre comun de los hombres; tienen en todo un carácter de exclusivismo, son propiedades privadas, pertenecen á los que las han comprado ó construido; hay mas: como la mayor parte de los ministros protestantes

reciben sueldos considerables, se alquilan las localidades de los templos á subidos precios, para subvenir á los gastos de la predicacion. De allí resulta que los protestantes ilustrados deploran ese estado de cosas, que los pobres se hallan desterrados, de hecho, de un gran número de iglesias.»

Aquí tenemos lo que son los templos protestantes: ¡cuán distintos de los católicos que reciben á todo género de personas, y donde el pobre y el rico se igualan delante del Criador y Salvador de todos que nos ha mandado estrictamente mirar con amor á nuestros hermanos desgraciados! Pero entre los protestantes, y entre los protestantes que mas alarde hacen de liberales, de civilizados y amantes de la igualdad, quedan excluidos los pobres de la que ellos consideran como casa de Dios, y se desatienden y se abandonan hasta millones de almas porque sus templos *tienen en todo un carácter de exclusivismo; porque en ellos las localidades se alquilan á subidos precios para subvenir á los gastos de la predicacion, porque la mayor parte de los ministros protestantes reciben sueldos considerables.* ¡Qué caridad! ¡Qué espíritu evangélico! ¡Y los protestantes vienen hablándonos de desprendimiento! ¡Ojalá todos los mexicanos abrieran los ojos cuando todavia es tiempo de precavernos de los incalculables males que habrán de traernos estos nuevos huéspedes!

PRESBITERO AGUSTIN DE LA ROSA.

## LOS JESUITAS.

Si no estuviéramos intimamente convencidos de que el despotismo puede esconder hipócritamente su abominable faz bajo cualquiera máscara, por hermosa que fuere la figura de esta, no podríamos tal vez explicarnos cómo en un país en que diariamente se blasona de libertad y progreso pudieran abortar algunos cerebros endebles tan monstruosos engendros cuyo desarrollo práctico no es mas que un esfuerzo desesperado por la evolucion perfecta de la autocracia en encarnizada lid con la libertad popular.

Uno de esos monstruos informes nos parece ver agitarse á manera de embrion en el proyecto que formulado contra los jesuitas proseguimos ahora rebatiendo fiados únicamente en la bondad y justicia de nuestra causa.

Registrando las páginas de la Historia se presenta desde luego la tiranía como la mas implacable enemiga de la Compañía de Jesus. No podría ser de otra manera.

¿Podrá transigir nunca con esa intrépida milicia el fiero despotismo; él, que quisiera siempre tener la planta sobre la cerviz de los pueblos, verlos por toda la vida con la argolla al cuello cantando agradecidos el himno sacrilego de la apoteosis de sus señores entre las nubes de incienso de la lisonja mas vil; él, que pretende sentar los instables caprichos de su versátil querer como dogmas incontrovertibles, como la norma suprema de cuantos pueda sujetar con la fuerza bruta erigida en última ley? ¡Imposible! ¡Jamás! ¿Por qué? Porque todas las obras de esa inclita Orden son para él valladares inmensos que no podrá nunca saltar y en cuyo fondo encontrará por sí solo una espantosa ruina; y nadie [esto lo exige el instinto de con-



servacion] nadie hará nunca las paces con el que le ha de arrancar el secreto de su fuerza, el prestigio y la vida. Desenvolvamos esta idea.

El campo de operaciones de ese invencible ejército no abarca tales y cuales personas, tales cuales clases de la sociedad; no, es ilimitado, universal y por lo mismo eminentemente popular. Las armas de él son todas, excepto las de mala ley. Su triunfo la difusión de las luces, del progreso y de la civilización; en otros términos, del saber y la virtud, veneno mortal de la tiranía y vida inextinguible de la libertad de los pueblos.

Si; el jesuita penetra con los sabios en los misterios mas recónditos de la ciencia, y bañándola con el esplendor de la Religión la muestra al mundo serena, pura y apacible como el espléndido cielo de nuestra bella Patria. Su ejemplo es fecundo, y unido á su acción hace germinar por todas partes sabios á semejanza suya, que inundan de fulgor las sociedades donde moran, prestigiándose estas con su solo nombre. Y estos sábios, lejos de ser un enjambre de envilecidos talentos que revoloteando en torno del poder prostituyen su inteligencia y su corazón para disipar con los siniestros y fátuos resplandores de una ciencia falaz y presuntuosa las espesas sombras que sobre los tiranos amontonan sus abominaciones nefandas, son por el contrario una potencia formidable que con la intuición clarísima de la realidad y el sentimiento profundo del deber husmea, por decirlo así, en todos sentidos y hasta sus consecuencias últimas los planes mas bien calculados de los autócratas; desbarata como tela de arañas sus combinaciones inícuas; las presenta á los ojos de la multitud en toda su vergonzosa é infame desnudez; enseña á esta el tenebroso abismo á donde es arrastrada en medio del entusiasta delirio de utopías descabelladas, y la hace retroceder espantada á impulsos violentos de instinto de vida y entrar con su propia conciencia y resolución al camino del verdadero progreso.

El hijo de San Ignacio de Loyola discute con los políticos los grandes problemas sociales, y esclareciéndolos con los principios luminosos de la eterna justicia, marca el sendero recto de su ejecución. Y los políticos se estimulan con la luz que de las mas sublimes doctrinas emana; y entonces estudian las sociedades á fondo y con un interés todo divino; y observan su origen, su desarrollo, su carácter, sus tendencias, sus costumbres, sus elementos, sus bienes, sus males, sus glorias, sus tradiciones, etc.; y formulando la marcha que deben seguir para arribar á la cima de su grandeza legítima, las empujan llenas de vida y esplendor y con la conciencia clara de su soberanía y poder á las alturas de una maravillosa civilización, aplastando á su paso con su grandor enorme al déspota brutal que temeraria é insensatamente pretende cortar su carrera gigantesca.

El jesuita se encara también con los potentados del mundo, y alzando la voz en nombre del Todopoderoso les intima con firmeza sus deberes, les increpa sus faltas, truena contra sus vicios y con la ley evangélica los mete á la órbita de sus obligaciones. Se coloca entre ellos y los gobernados, y como tribuno inquebrantable de estos hace ver á aquellos con toda la vehemencia del popular lenguaje, que si bien están establecidos por el Rey de los reyes como gefes de los pueblos que deben regir y gobernar, por lo cual estos les deben sumo respeto y obediencia justa, no son sin embargo sus amos ni dueños para disponer de ellos á su antojo como de manadas de bestias.

Y los magnates, con la invencible fuerza de la persuasión, se convierten de tiranos en generosos padres que sacrifican todos los instantes de su vida, las comodidades y el reposo en aras de la cosa pública, velando siempre por la salud y adelanto de los pueblos y sin olvidar nunca que los rayos caen siempre en las alturas mas salientes, es decir; que el Juez Supremo que mira las conciencias de todos juzgará algun dia con juicio recto á las justicias de la tierra, y vibrará potentemente el rayo de su venganza sobre los funcionarios públicos que con sus desafueros y arbitrariedades hayan deturpado sacrilegamente la imagen sacrosanta de Dios representada por ellos de una manera muy especial en el gobierno del mundo y hayan precipitado á los pueblos á sacudir el pesado yugo de los caprichos tiránicos, entre arroyos de sangre y montones de ruinas, entre crímenes horrendos y calamidades sin fin.

El jesuita se presenta delante de los que navegan por los procelosos mares de las riquezas terrenas. Grita á los avaros que el hombre no es para los metales sino los metales para el hombre. Declama contra los ricos egoistas mostrándoles al del Evangelio, que pide á gritos desde el fondo de los abismos eternos siquiera una gota de agua en la mano del leproso Lázaro para mitigar una nada la sed inmensa que lo quemará sin consumirlo por eternos dias. Hace palpar á los miserables esclavos del oro y de la plata que la ciencia y la virtud, emanaciones sublimes de la sabiduría y amor infinitos, ni siquiera se deben poner en parangón con el dinero, engendro vil de la materia inerte, la cual locamente pretende ser la señora del espíritu cuya expansión solo puede abarcar la eternidad y el cielo. A los opulentos sin piedad les enseña á Jesucristo, con todo poder en los cielos y en la tierra y sin tener donde reclinar su divina cabeza, fulminando el anatema sempiterno contra los despreciadores del pobre, representante de su veneranda persona. Y con esto los corazones metalizados se ablandan y se derriten de compasión y caridad hácia sus hermanos menesterosos; y los miran como mensajeros del Hijo de Dios; y se consideran como sus economos y protectores; y las estancadas riquezas se derraman sobre los proletarios que pueblan los aires con bendiciones á sus bienhechores, atrayendo sobre ellos el abundante rocío de la munificencia celestial; y los marchitos campos del pauperismo se fecundan y vegetan vigorosamente con la industria, el comercio y el cultivo de todas las producciones terrestres; y la ciencia halla recursos para espaciarse, sembrando por donde quiera plantales que la hacen irradiar sobre el mayor número, sublimando á la vez y dando impulso con sus reflejos á las artes; y las virtudes individuales y sociales florecen como pensil entre los primores de la cultura intelectual y material; y los sazonados frutos de toda esta rica labor son la ilustración y la libertad popular es su último desarrollo. Esta es la influencia del loyolista sobre el rico. Por lo demás, el hijo de San Ignacio nada recibe para sí, porque de nada quiere ser él dueño. Si la Compañía no rehusa adquirir bienes, es con el fin de derramarlos luego sobre los pueblos é impulsar con ellos la noble empresa de su catolización, progreso y libertad.

Apresurémonos nuestro exámen.

El jesuita toma la pluma; y haciendo converger hácia sí mismo todos los rayos de civilización de cada dia, los diverge luego por la prensa en todas direcciones sobre las frentes de la multitud, donde siguen reverberando con



apacible brillo. Ocupa la cátedra sagrada y los confesonarios, y allí cura las llagas de los pueblos é individuos y afianza las virtudes que abren paso á la marcha del verdadero civismo. Se rodea de la juventud, simiente preciosa del porvenir social; y formándola en el molde de la piedad y la ciencia, la da por ornamento toda clase de virtudes y conocimientos útiles. Busca con anhelo al indio, se coloca entre él y su opresor; y amenazando á este con los castigos del cielo, inicia y perfecciona á aquel en las artes y ciencias y lo eleva al goce cabal de los derechos políticos y civiles. Marcha, en fin, el valeroso campeón con su sombrero de grandes alas, con su traje negro, con su crucifijo al cinto, con su breviario bajo del brazo á la mas heroica de las conquistas, á aquella cuyo lauro esplendente es la aureola del martirio, á la conversion y civilizacion del hijo de las selvas; surca los mares, atraviesa los montes, penetra por entre las mas enmarañadas selvas, trepa á la cima de las escarpadas rocas, desciende al profundo de los precipicios, vadea los caudalosos rios, y aparece de repente como el ángel de la felicidad en la cabaña del salvaje; le muestra el crucifijo y el cielo, le aparta de sus prácticas brutales, sujeta sus indómitos instintos, le hace comprender y saborear la las dulzuras del Evangelio, las ventajas de la vida social, civil y política y lo levanta desde la sima de su degradacion hasta la cumbre de la educacion mas brillante.

Interminable sería presentar siquiera una reseña del vasto plan de civilizacion que ha desarrollado y seguirá desarrollando ese gigante adalid del progreso, que nunca ha sentido ni la timidez de la infancia ni los achaques de la vejez; que nació, ha vivido y vivirá siempre en la edad adulta, porque tiene una flexibilidad que se pliega á todos los pueblos, tiempos y situaciones. La historia de la Compañía es una vasta y continuada epopeya de cultura y libertad populares, que arranca gritos de admiracion hasta sus mas acendrades enemigos; y la memoria de sus proesas y grandiosos episodios quedará por siempre gravada indeleblemente en el corazon de todas las generaciones que hayan presenciado sus batallas y sentido sus triunfos.

Volvemos á preguntar: ¿Podrá nunca vivir con ella en paz el despotismo? No, mil veces no; y aquí la Historia vuela con su inmenso séquito de testimonios en apoyo firme de la idea. Pasaremos rápidamente la vista sobre algunos de los perseguidores acérrimos de la Orden.

Allí está al frente de todos Sebastian José Pombal, tirano de Portugal, asesino de la nobleza de aquel pais, el cual para instituir el despotismo central en los pueblos de su mando, considerando como barreras insuperables á los jesuitas y nobles, se propuso perderlos por todos los arbitrios posibles. Despues de tentativas infames, inventa un ridiculo conato de regicidio; pone en tortura al duque de Aveiro, el cual en la fuerza del dolor declara haber querido asesinar al rey á instigacion de los jesuitas; en vano se retracta el infeliz apenas se le deja de martirizar; la sentencia se dicta; es condenado al suplicio del fuego, Ferreira, real gentil-hombre de cámara, y al tormento de la rueda los demás á quienes el tirano quiso suponer que fuesen reos; es decapitada Leonor, vireina de Goa, su marido descuartizado, sus hijos, su yerno y sus criados ahorcados, sus bienes confiscados, arrasados sus palacios, y abolido su nombre; manda despues el despota tener oculta con el mayor sigilo la causa, prohibiendo á la vez que nunca jamás se viera

va á ver; quita las escuelas á los jesuitas é introduce como textos hasta libros protestantes; y despues de insultados, maltratados y presos son expulsados de los dominios de Portugal todos los individuos de la benéfica Orden. Por reclamar el Santo Padre tantos ultrajes, es arrojado del reino tambien el nuncio apóstolico; el arzobispo Coimbra es reducido á prision por haber publicado una enciclica contra los libros impios, la cual se mandó quemar por mano de verdugo; llena, en fin, de reos las prisiones, establece el tribunal de sospechosos y lleva la execracion hasta condenar al fuego al jesuita Malaerida, haciéndolo llevar la coraza al frente de otros cincuenta y dos: espectáculo infando, en que «al exceso del ridiculo [dice Voltaire] se unió el exceso del horror.»

Allí está tambien Luis XV, rey de los franceses, que cediendo á las instancias y caricias de La Pompadour secundadas por la política de Choiseul, despues de trámites indignos, suprimió irrevocablemente la Orden en Francia, prohibiendo además á todos los súbditos tener la menor comunicacion con ella.

Allí está La Pompadour, cortesana disoluta, favorita de un monarca infiel á sus deberes conyugales y dueña de los destinos del pueblo francés, la cual temiendo que los padres de la Compañía con el virtuoso Delfin y la piadosa reina indujeran á Luis á observar buena conducta, y aliándose además con los filosofistas que la adulaban para que impulsara sus proyectos impios, hizo creer á su cómplice por medio de pérfidos ardides que los jolyistas trataban de destronarlo.

Allí está Choiseul, fementido gefe del filosofismo, que valiéndose de toda suerte de calumnias y acusaciones hasta ridiculas contra los hijos de San Ignacio, aun al grado de motejarlos de liberales, asustando al rey con la descripcion de aquellos hombres que decia él que permitian la muerte violenta dada á un tirano, trabajó sin descanso hasta no verlos perseguidos y proscritos.

Allí está Carlos III de España, que asediado por su ministro el conde de Aranda, filosofista que queria ver en el frontispicio de los templos en un mismo escudo los nombres de Lutero, Calvino, Mahomet y Jesucristo, fué instigado por una carta supuesta del P. Ricci y obra de Choiseul á creer que la Orden conspiraba contra él en sus dominios. Y con una disposicion secreta, en un mismo dia, á una misma hora, mandó arrojar de todos los dominios españoles á seis mil jesuitas, ancianos, sabios, enfermos y nobles, que anduvieron errantes por mucho tiempo, consumidos por el hambre y sufriendo toda clase de penalidades: despues de todo lo cual el tirano publicó una pragmática en la que se alegaba para la expulsion, entre algunas patrañas, otros motivos que el rey tenia reservados en su augustó corazon, y se prohibia, nótese bien esto, que nadie á título de defensa publicara escrito ninguno contrario á la real resolucion, y que el hablar en pro ó en contra de aquel real decreto se consideraria como delito de lesa majestad; «pues que no tocaba á los particulares juzgar ni interpretar la voluntad del soberano», el cual coronó su obra exclamando: *He conquistado un reino.*

Allí está tambien el rey de Nápoles, que obedeciendo á las órdenes de España y á las instigaciones de Tanucci «haciendo uso de la autoridad suprema independiente que tiene inmediatamente de Dios, inseparablemente